

PABLO NERUDA

Himno y Regreso

1939

PATRIA, mi patria, vuelvo hacia ti la
[sangre.
Pero te pido, como a la madre el niño
lleno de llanto.

Acoge,
esta guitarra ciega
y esta frente perdida.

Salí a encontrarte hijos por la tierra,
salí a cuidar caídos con tu nombre de nie-
[ve,
salí a hacer una casa con tu madera pura,
salí a llevar tu estrella a los héroes heri-
[dos.

Ahora quiero dormir en tu substancia.
Dame tu clara noche de penetrantes cuer-
[das,
tu noche de navío, tu estatura estrellada.

Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exi-
[gua
y sentarme en tus piedras por el mar cal-
[cinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro.
Voy a escoger la flora delgada del nitrato,

voy a hilar el estambre glacial de la cam-
[pana,
y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.

Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,
en ti se junta el águila al azufre,
y en tu antártica mano de armiño y de za-
[firo
una gota de pura luz humana
brilla encendiendo el enemigo cielo.

Guarda tu luz, ¡oh patria!, mantén
tu dura espiga de esperanza en medio
del ciego aire temible.
En tu remota tierra ha caído toda esta luz
[difícil,
este destino de los hombres,
que te hace defender una flor misteriosa
sola, en la inmensidad de América dormi-
[da.

Canto General. Imprenta Juárez, Ciudad de Mé-
xico, 1950. Págs. 228-229.

Oda de Invierno al río Mapocho

Oh, sí, nieve imprecisa,
oh, sí, temblando en plena flor de nieve,
párpado boreal, pequeño rayo helado
quién, quién te llamó hacia el ceniciento
[valle,
quién, quién te arrastró desde el pico del
[águila
hasta dónde tus aguas puras tocan
los terribles harapos de mi patria?
Río por qué conduces
agua fría y secreta,
agua que el alba dura de las piedras
guardó en su catedral inaccesible,
hasta los pies heridos de mi pueblo?
Vuelve, vuelve a tu copa de nieve, río amar-
[go,

vuelve, vuelve a tu copa de espaciosas es-
[carchas,
sumerge tu plateada raíz en tu secreto ori-
[gen
o despéñate y rómpete en ~~otro~~ mar sin
[lágrimas!
Río Mapocho cuando la noche llega
y como negra estatua echada
duerme bajo tus puentes como un racimo
[negro
de cabezas golpeadas por el frío y el ham-
[bre
como por dos inmensas águilas, oh río,
oh, duro río parido por la nieve,
por qué no te levantas como inmenso fan-
[tasma

o como nueva cruz de estrellas para los ol-
 [vidados?
 No, tu brusca ceniza corre ahora
 junto al sollozo echado al agua negra,
 junto a la manga rota que el viento endu-
 [recido
 hace temblar debajo de las hojas de hierro.
 Río Mapocho, adónde llevas
 plumas de hielo para siempre heridas,
 siempre junto a tu cárdena ribera

la flor salvaje nacerá mordida por los pio-
 [jos
 y tu lengua de frío raspará las mejillas
 de mi patria desnuda?
 Oh, que no sea,
 oh, que no sea, y que una gota de tu espu-
 [ma negra
 salte del légamo a la flor del fuego
 y precipite la semilla del hombre!

Canto General, págs. 248-249.

Quiero volver al Sur

Enfermo en Veracruz, recuerdo un día
 del Sur, mi tierra, un día de plata
 como un rápido pez en el agua del cielo
 Loncoche, Lonquimay, Carahue desde arri-
 [ba
 esparcido, rodeado por silencio y raíces,
 sentados en los tronos de cueros y maderas.

El Sur es un caballo echado a pique
 coronado con lentos árboles y rocío,
 cuando levanta el verde hocico caen las
 [gotas,
 la sombra de cola moja el gran archipiéla-
 [go
 y en su intestino crece el carbón venerado.

¡Nunca más, dime, sombra, nunca más, di-
 [me, mano
 nunca más dime, pie, puerta, pierna com-
 [bate,
 trastornarás la selva, el camino, la espiga,

la niebla, el frío, lo que, azul determinaba,
 cada uno de tus pasos sin cesar consumi-
 [dos?
 Cielo, déjame un día de estrellairme
 pisando luz y pólvora, destrozando mi san-
 [gre
 hasta llegar al nido de la lluvia.

Quiero ir
 detrás de la madera por el río
 Toltén fragante, quiero salir de los aserra-
 [deros,
 entrar en las cantinas con los pies empapa-
 [dos,
 guiarme por la luz del avellano eléctrico,
 tenderme junto al excremento de las vacas,
 morir y revivir mordiéndome trigo.

¡Océano, tráeme
 un día del Sur, un día agarrado a tus olas,
 un día de árbol mojado, trae un viento
 azul polar a mi bandera fría.

Botánica

El sanguinario litre y el benéfico boldo
 diseminan su estilo
 en irritantes besos de animal esmeralda
 o antología de agua oscura entre las pie-
 [dras.

El chupón en la cima del árbol establece
 su dentadura nívea
 y el salvaje avellano construye su castillo
 de páginas y gotas.

La altamisa y la chépica rodean
 los ojos del orégano
 y el radiante laurel de la frontera
 perfuma las lejanas intendencias.

Quila y quelenquén de las mañanas.
 Idioma frío de las fucsias,
 que se va por las piedras tricolores
 gritando viva Chile con las espuma.

El dedal de oro espera
 los dedos de la nieve
 y rueda el tiempo sin su matrimonio
 que uniría a los ángeles del fuego y del
 [azúcar.

El mágico canelo
 lava en la lluvia su racial ramaje
 y precipita sus lingotes verdes
 bajo la vegetal agua del Sur.

La dulce aspa del ulmo
con fanegas de flores
sube las gotas del copihue rojo
a conocer el sol de las guitarras.

La agreste delgadilla
y el celestial poleo
bailan en las praderas con el joven rocío
recientemente armado por el río Toltén.

La indescifrable doca
decapita su púrpura en la arena
y conduce sus triángulos marinos
hacia las secas lunas litorales.

La bruñida amapola
relámpago y herida, dardo y boca,

sobre el quemante trigo
pone sus puntuaciones escarlatas.

La patagua evidente
condecora sus muertos
y teje sus familias
con manantiales aguas y medallas del río.

El paico arregla lámparas
en el clima del Sur, desamparado,
cuando viene la noche
de mar nunca dormido.

El roble duerme solo,
muy vertical, muy pobre, muy mordido,
muy decisivo en la pradera pura
con su traje de roto maltratado
y su cabeza llena de solemnes estrellas.

Inundaciones

Los pobres viven esperando que el río
se levante en la noche y se los lleve al mar.
He visto pequeñas cunas que flotaban, des-
[trozos
de viviendas, sillas y una cólera augusta
de lívidas aguas en que se confunden el cie-
[lo y el terror.
Sólo es para ti, pobre, tu esposa y tu sem-
[brado,
para tu perro y tus herramientas, para que
[aprendas a mendigo.

El agua no sube hasta la casa de los caba-
[llos
cuyos nevados cuellos vuelan desde las la-
[vanderías.
Come este fango arrollador y estas ruinas
[que nadan
con tus muertos vagando dulcemente hacia
[el mar,
entre las pobres mesas y los perdidos árbo-
[les
que van de tumbo en tumbo mostrando
[sus raíces.

Terremotos

Desperté cuando la tierra de los sueños fal-
[tó bajo mi cama.
Una columna ciega de ceniza se tambalea-
[ba en medio de la noche,
yo te pregunto: he muerto?
Dame la mano en esta ruptura del planeta
mientras la cicatriz del cielo morado se ha-
[ce estrella,
Ayl, pero recuerdo, dónde están?, Dónde
[están?
Por qué hierve la tierra llenándose de
[muerte?

Oh! mácaras bajo las viviendas arrolladas,
[sonrisas
que no alcanzaron el espanto, seres despe-
[dazados
bajo las vigas, cubiertos de noche.
Y hoy amaneces, oh día azul, vestido
para un baile, con tu cola de oro
sobre el mar apagado de los escombros, ig-
[neo,
buscando el rostro perdido de los insepul-
[tos.

Atacama

Voz insufrible, diseminada
sal, substituida
ceniza, ramo negro

en cuyo extremo aljófara aparece la luna
ciega, por corredores enlutados de cobre.
Qué material, qué cisne hueco

hunde en la arena su desnudo agónico
 y endurece su luz líquida y lenta?
 Qué rayo duro rompe su esmeralda
 entre sus piedras indomables hasta
 cuajar la sal perdida?
 Tierra, tierra
 sobre el mar, sobre el aire, sobre el galope
 de la amazona llena de corales:
 bodega amontonada donde el trigo
 duerme en la temblorosa raíz de la campa-
 [na:

oh madre del océano, productora
 del ciego jaspe y la dorada sílice:
 sobre tu pura piel de pan, lejos del bosque
 nada sino tus líneas de secreto,
 nada sino tu frente de arena,
 nada sino las noches y los días del hombre,
 pero junto a la sed del cardo, allí
 donde el papel hundido y olvidado, una
 [piedra,
 marca las hondas cunas de la espada y la
 [copa,
 indica los dormidos pies del calcio.

Tocopilla

De Tocopilla al sur, al norte, arena,
 cales caídas, el lanchón, las tablas
 rotas, el torcido hierro.
 Quién a la línea pura del planeta
 aurea y cocida, sueño, sal y pólvora
 agregó el utensillo deshecho, la inmundi-
 [cia?
 Quién puso en el lecho hundido, quién de-
 [jó las paredes
 abiertas, con un ramo
 de papeles pisados?
 Lóbrega luz del hombre en ti destituido
 siempre volviendo al cuenco de tu luna
 [calcárea,
 apenas recibido por tu letal arena!
 Gaviota enrarecida de las obras, arenque
 petrel ensortijado,
 frutos, vosotros, hijos del espinel sangrien-
 [to
 y de la tempestad, habéis visto al chileno?
 Habéis visto al humano, entre las dobles
 [líneas del frío
 y de las aguas, bajo la dentadura
 de la línea de tierra, en la bahía?
 Piojos, piojos ardientes atacando la sal,
 piojos, piojos de costa, poblaciones, mine-
 [ros,
 desde una cicatriz del desierto hasta otra,
 contra la costa de la luna, fual,
 picando el sello frío sin edad.
 Más allá de los pies del alcatraz, cuando
 agua ni pan ni sombra tocan la dura eta-
 [pa,
 el ejercicio del salitre asoma
 o la estatua del cobre decide su estatura

Es todo como estrellas enterradas
 como puntas amargas, como infernales flo-
 [res
 blancas, nevadas de luz temblorosa
 o verde y negra rama de esplendores pasa-
 [dos.
 No vale allí la pluma sino la mano rota
 del oscuro chileno, no sirve allí la duda.
 Sólo la sangre. Sólo ese golpe duro
 que en la vena pregunta por el hombre.
 En la vena, en la mina, en la horadada cue-
 [va
 sin agua y sin laurel.
 Oh pequeños
 compatriotas quemados por esta luz más
 [agria
 que el baño de la muerte, héroes oscureci-
 [dos
 por el amanecer de la sal en la tierra,
 dónde hacéis vuestro nido, errantes hijos?
 Quién os ha visto entre las hebras rotas
 de los puertos desérticos?
 Bajo la niebla de salmuera
 o detrás de la costa metálica, o tal vez o tal
 [vez,
 bajo el desierto ya, bajo
 su palabra de polvo
 para siempre!
 Chile. Metal y Cielo,
 y vosotros, chilenos,
 semilla, hermanos duros,
 todo dispuesto en orden y silencio.
 como la permanencia de las piedras.